



Memoria e interpretación del siglo XX (ii)

LOMBARDI, Angel

*Universidad Católica Cecilio Acosta
Maracaibo, Venezuela
rector@unica.edu.ve*

Para un venezolano de cualquier edad, igual que para un latinoamericano y para cualquier habitante del planeta que no sea europeo, ruso, japonés o norteamericano, la primera mitad del siglo XX, con su guerra mundial de 31 años (1914-1945) no le dice mucho directamente, aunque estos acontecimientos formen parte de nuestra información y horizonte histórico.

Siendo el escenario el mundo, realmente la Primera y Segunda Guerra Mundial es un asunto europeo en la medida que allí entra en crisis y se pone fin al control del mundo por parte de algunos países europeos, proceso que viene desde la antigüedad clásica, pero que se define en términos modernos a partir de 1492, con el llamado descubrimiento de América. Son 500 años de colonialismo e imperialismo que hace crisis y desaparece casi por completo en 1945, cuando la primacía pasa a otras potencias y el mundo realmente es otro, en términos geopolíticos, aunque no desestimamos la importancia económica y cultural que ha seguido teniendo y tiene Europa, especialmente la llamada Europa Occidental.

Las guerras mundiales fueron verdaderas carnicerías, holocaustos humanos; en términos numéricos, en relación con los conflictos anteriores, no hay comparación: 50.000.000 de víctimas es demasiado; en la guerra franco/alemana de 1870-71, los muertos de ambos bandos, no pasaron de 150.000.

Las guerras mundiales fueron bárbaras, primitivas e irracionales, pueden ser explicadas, nunca justificadas, y esto nos lleva a un problema nunca resuelto en la historia: el porqué de la violencia y las guerras en la historia. Teólogos y filósofos han elaborado sus respuestas, el historiador las registra, estudia y trata de entenderlas en su propia dinámica.

Con todo, es conveniente constatar, que después de esta gran matanza y gracias al temor atómico, la humanidad tiene más de 50 años de paz mundial; esto lo entendemos no como si hubieran desaparecido las guerras, sino que se ha evitado afortunadamente hasta hoy, otra conflagración mundial como las de 1914-18 y 1939-45.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, las puertas del futuro se abrieron como las puertas del infierno, lleno de amenazas y temores. El período de guerras que terminaba creó una agenda terrorífica de cara al futuro y que fue insensibilizando, desgraciadamente, a la mayor parte de la humanidad; la diferencia es que ahora, en los últimos 50 años, en la 2da. mitad del siglo XX, los muertos, los refugiados y los desplazados los pone el llamado Tercer Mundo. El Mundo desarrollado ve con satisfacción lo logrado de 1945 para acá, ellos se han estabilizado y han prosperado, pero la mayor parte del mundo no y eso es lo que crea a mi juicio, esa falta de perspectiva y objetividad en los políticos y académicos de esos países, que no logran entender realmente lo que pasa en el mundo, desde las seguras, confortables y agradables riberas del Sena, del Támesis, del Hudson y del Potomac.

El mundo, que siempre conoció el horror de la violencia y la guerra, lo generalizó, lo profundizó y se insensibilizó frente al mismo, mientras estuviera lejos de nuestro confort y de nuestras fronteras, insensibilidad que comparten las *elites* de los países del Tercer Mundo, elites egoístas y miopes y psicológicamente ausentes de sus propios países.

La guerra y la paz, resume y expresa como ningún otro tema la historia humana; hoy la paz es un tema ecológico, porque impli-

ca la sobrevivencia de toda la especie humana y del propio planeta tierra.

La guerra ha cambiado de naturaleza, ya no son episodios circunstanciales que afectaban básicamente a los hombres de armas; hoy la guerra es total e incluye y amenaza a todos. De hecho, en las guerras del siglo XX, las principales víctimas, son civiles de todas las condiciones y edades. Hasta el siglo XVII la guerra era cosa de profesionales, en muchos casos mercenarios. Con el surgimiento y afianzamiento del Estado nacional, los ejércitos se hacen nacionales y con la Revolución Francesa se extiende el servicio militar a toda la población con carácter obligatorio.

La guerra fue mitificada y los “héroes” pasan a ser los nuevos dioses del panteón patrio. Inclusive hubo autores y teorías que exaltaban la guerra como una necesidad histórica para depurar, avanzar y progresar.

El heroísmo pasó a ser doctrina oficial de la educación y de los Estados, hoy sabemos cuanta ignominia y mentiras escondía este culto. Sabemos lo inútil y dañino del heroísmo cuando se trata del dolor de los demás. Inclusive hoy el heroísmo individual desaparece en la guerra tecnológica que destruye y mata de manera anónima.

Para la humanidad que no se involucró directamente en las Guerras Mundiales, terminó siendo cine y literatura; para quienes la padecieron es un mal recuerdo que todavía a muchos estremece.

La otra cara de la guerra en el siglo XX fue la revolución con su carga de violencia y utopía. A la larga fue otro fraude y otra estafa, los pueblos fueron engañados y lanzados a otra ilusión milenarista, la reducción definitiva de los pobres y la liberación de los oprimidos. El profeta mayor fue Karl Marx, judío alemán exiliado en Inglaterra, que armado de Hegel, Adam Smith y David Ricardo, hizo la disección lúcida del capitalismo de la época y estableció su anatomía y sus patologías; pensador importante, dudo que anticipara o previera lo que sus ideas identificaron o definieron.

La Revolución se piensa como una consecuencia natural del desarrollo industrial y el protagonismo de la clase obrera; a la larga

terminó siendo un movimiento anclado en el atraso y en el nacionalismo. Así fue en 1910 en México, en 1917 en Rusia, en 1948 en China, en 1959 en Cuba. Era una cita con la historia y una pretensión, a veces lograda, de aceleración histórica.

La Revolución emblemática fue la rusa, que recorrió el siglo, desde el comienzo hasta el fin. Producto de las guerras mundiales o entroncadas directamente a ellas, la revolución recorre el mundo liderizada por la revolución bolchevique de 1917.

Este fenómeno revolucionario se extiende como un incendio en la pradera y se asimila al proceso de descolonización, liberación nacional y desarrollo que agita a casi todos los países, especialmente en el llamado Tercer Mundo.

Con el colapso de la Unión Soviética pareciera un proceso cancelado, pero no es así si tomamos en cuenta que China, además de Vietnam, Corea del Norte y Cuba, siguen gobernados oficialmente por el partido comunista respectivo.

En el siglo XXI el mundo es otro pero la revolución no está eliminada como posibilidad; seguramente será diferente aunque el problema de fondo subsiste, la pobreza generalizada y los grandes desequilibrios mundiales. En África y Asia esto es cierto y también en América Latina, con su larga tradición de guerrillas rurales y resistencias indígenas. Para testimoniarlo tenemos en México el grupo guerrillero zapatista; en Centroamérica un sandinismo domesticado pero latente; la revolución cubana, tercamente sobreviviente y en el resto del continente diversos movimientos rurales e indigenistas. El que crea que la revolución está cancelada, está equivocado, aunque evidentemente su ideología, teoría y práctica serán distintas a las conocidas, porque los tiempos son otros, aunque los problemas siguen siendo los mismos, inclusive cuantitativamente acrecentados.

La economía es el gran descubrimiento de las masas en el siglo XX, tanto que llega a confundirse con la política. Hasta nuestro siglo, la economía era asunto de expertos y de gobiernos; hoy, cualquier ciudadano, está informado de la terminología básica y del funcionamiento de la economía: términos como *inflación*, *in-*

versión, flujo de capitales, comercio internacional, índices de precio al consumidor, producto interno bruto, etc... son moneda corriente en el lenguaje cotidiano del común, y ello tiene que ver, no solamente, con el mayor nivel educativo alcanzado por la mayoría de la población y por el manejo y divulgación de esta terminología por parte de los medios de comunicación de masas, sino por el hecho cierto que en el siglo XX, la misma generación ha vivido todas las etapas del ciclo económico, desde el crecimiento hasta el estancamiento y la crisis, y particularmente sensibilizó al hombre contemporáneo sobre esta materia la llamada Gran Depresión de 1929, que recorrió al mundo y no dejó a ningún país indemne, aunque de manera paradójica, quienes sufrieron menos, fueron los países más atrasados y con menos participación en la producción industrial y en el comercio mundial, refugiados como estaban en sus precarias y atrasadas economías rurales de subsistencia.

La ventaja de la visión retrospectiva es que nos permite intentar ser sabios; conociendo las consecuencias y desviaciones de los hechos los podemos calibrar e interpretar con mayor pertinencia y ponderación.

En la primera mitad del siglo XX todo está indicado e interrelacionado (siempre ha sido así en todas las épocas); la guerra desencadena la revolución y ésta desestabiliza la economía y la política. En el fondo es el liberalismo decimonónico que se queda sin respuesta frente a los nuevos retos y problemas.

El economista más influyente de este período y el que leyó e interpretó los signos de los tiempos más adecuadamente, John Maynard Keynes, publica en 1936 su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, como consecuencia de su experiencia de la Primera Guerra Mundial y la gran depresión. El mundo, una vez más, no es el mismo, por consiguiente, el capitalismo no era el mismo y las soluciones y alternativas en disputa antagónica, se situaban a la izquierda, con la URSS a la cabeza, que para aquel momento comenzaba a ser un modelo económico exitoso de crecimiento y expansión, y a la derecha, con el éxito fascista en Italia (1922) y nazi en Alemania (1933) y su radical y exitosa economía

de crecimiento, expansión y pleno empleo; en el centro, pudiéramos decir hoy, un liberalismo reformado y heterodoxo, alimentado también desde la izquierda con la social-democracia no comunista y su planteamiento sindical y obrero.

Desde el siglo XVIII en adelante, con la llamada Ilustración, se fue imponiendo en el mundo la idea de progreso y civilización como una tendencia o ley fundamental de la historia. Al finalizar el siglo XIX la convicción era casi general. El modelo político dominante, era el constitucional democrático y los procesos electorales se convirtieron en el árbitro y el termómetro de la política liberal y democrática. Todo esto cambió radicalmente; entre 1914 y 1945, al finalizar la Primera Guerra Mundial solo subsistían como democracias formales en Europa, unos 5 países y en el resto del mundo no más de una docena.

La guerra, la depresión, el comunismo, y el nazi/fascismo acabaron momentáneamente con la idea democrático – liberal de progreso y civilización. Después de los horrores del Holocausto nazi, del Gulag soviético y de la bomba atómica norteamericana, el espacio para el futuro prácticamente quedaba cerrado.

En la historia todo tiene una causa y produce un efecto, no importa si se corresponde o no con la realidad, lo importante es que permita una explicación. La ley de la causalidad rige la historia, aunque estas causas y estos efectos solo existan en la imaginación del historiador.

En este sentido existe un gran consenso historiográfico para explicar en la primera parte del siglo, la relación de causa y efecto, entre la guerra y la revolución, el fascismo y la depresión. Europa asumió su destino trágico como muy pocas veces lo había hecho antes en la historia. Mucha gente creyó de verdad, que el mundo estaba decidiendo entre el fascismo y la revolución, como después, en la época de la guerra fría, se volvió a caer en la misma trampa simplista y maniquea, que había que optar entre capitalismo y comunismo. Dilema falso y acuciante, que conduce a las sociedades a todo tipo de fanatismo e intolerancia como fue en su momento el nacionalismo xenófobo, el antisemitismo destructivo, o el “Ma-

cartismo” y anticomunismo fanático. El modelo fascista es un proyecto latente en todas las sociedades desquiciadas y asustadas, como dice Hobsbawn “las condiciones óptimas para el triunfo de esta ultraderecha extrema eran un estado caduco, cuyos mecanismos de gobierno no funcionaron correctamente; una masa de ciudadanos desencantados y descontentos que no supieron en quien confiar; unos movimientos socialistas fuertes que amenazasen o así lo pareciera la revolución social, pero que no estaban en situación de realizar; y un resentimiento nacionalista contra los tratados de los años de 1918-1920”.

En América Latina el fascismo, nunca tuvo ninguna posibilidad de triunfar, dadas las características propias de nuestras sociedades, pero si tuvo líderes que de una u otra manera se inspiraron e imitaron la retórica y estilos del liderazgo, como el caso de Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y Gaitán en Colombia; el primero era agregado militar en Roma cuando el ascenso del fascismo al poder y el tercero, estudió en Roma, su postgrado de abogado, en plena época fascista.

La democracia como sistema de consenso y convivencia siempre ha estado en peligro, especialmente en las épocas de conflictos y crisis económicas; pero sigue siendo hasta hoy el menos malo de los sistemas políticos conocidos; argumento débil si se quiere, pero inevitable y que no nos exime de cara al futuro, de asumir el sistema como perfectible y en reforma permanente, garantizando los valores fundamentales del ser humano y sus intereses legítimos.

Un debate sin conclusión es preguntarse si la historia tiene algún sentido; historiadores y filósofos se han pronunciado al respecto y las respuestas son casi tan numerosas como los autores que han opinado. Lo que parece evidente es lo afirmado por Tucídides: la historia no se repite aunque el hombre siempre se repite a si mismo.

Igualmente evidente es la presencia permanente en la historia de lo racional y lo irracional; pero resulta difícil ponderar en cada hecho o circunstancia lo subjetivo y lo objetivo.

No hay duda del papel de las grandes personalidades, pero igualmente cierto es como estas figuras resultan empequeñecidas

frente a factores geográficos, históricos, económicos, religiosos, sociales, políticos y culturales. Es una discusión abierta y sin conclusión, de allí la pertinencia de la frase “el pasado es el prólogo”, lo que nos permite el conocimiento retrospectivo y nunca el anticipatorio. La historia es impredecible como la vida, pero en ambos casos podemos proyectar e imaginar su probable curso.

El siglo XX en retrospectiva es el momento de mayor esplendor de Europa y su colapso es la culminación de la dominación colonial e imperial de Europa sobre el mundo, 1945 es la fecha que le pone fin a esa hegemonía. En los siguientes 30 años, el mundo se encuentra desarrollando y consolidando los proyectos nacionales, proceso que todavía no termina y muchos de los conflictos actuales tienen que ver con ello.

La Segunda Guerra Mundial es un hito dramático entre un mundo que fenece y otro que emerge.

No solamente el mundo derrotó la ideología nazi, avasalladora y totalitaria, sino que reivindicó lo mejor de la tradición ilustrada y revolucionaria europea y abrió las puertas a la reforma y al cambio, tanto dentro del sistema capitalista como dentro del mundo comunista, precisamente este colapso en la URSS fue porque no supo renovarse desde adentro. La Iglesia Católica lo hizo con el Concilio Vaticano II; el mundo capitalista con la apertura libertaria de los años 60 y 70 y el comunismo sobreviviente, particularmente el chino, con su apertura y reforma y su inteligente y pragmático “un Estado y 2 sistemas”, la llamada civilización occidental se hace universal y se convierte en patrimonio de la humanidad, tanto la herencia ilustrada francesa, como la inglesa y norteamericana; igualmente el aporte comunista y socialista. 1789 y 1917 son fechas alegóricas de la modernidad mundial, no tanto por lo que lograron sino por lo que desencadenaron.

Hoy por hoy ninguna nación que se pretenda moderna y civilizada puede evadir la revolución tecno/científica y comunicacional; la democracia en su acepción mas profunda y amplia; la libertad, la igualdad y la fraternidad, los derechos humanos y la protec-

ción al planeta; la humanidad en la segunda mitad del siglo XX, era muy diferente a la de los 50 años anteriores.

Esta nueva etapa de la historia que empieza en 1945, significó una nueva geopolítica, negociada entre los 2 verdaderos vencedores de la guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética. No todo era nuevo realmente, muchos viejos problemas subsisten y siguen vigentes; pero el poder y las circunstancias mundiales cambiaron. El temor a la guerra atómica nos dio medio siglo de relativa paz y estabilidad mundial; la gran depresión enseñó el camino de la reforma económica y social y los horrores del primer medio siglo obligó a intentar desarrollar proyectos políticos negociados a todos los niveles y de alguna manera nos enseñó a ser más tolerantes. El mundo vuelve a estar peligrosamente desequilibrado con la hegemonía incuestionable en el campo militar de los Estados Unidos.

Esta unipolaridad no le conviene a la humanidad; pero igualmente cierto es el desarrollo de proyectos multipolares que hay que seguir con esperanza pero igualmente con temor: China, India, Japón, la Comunidad Europea, Brasil son procesos abiertos.

El mundo sigue siendo peligroso, pero creo que siempre ha sido así; la política no trabaja para la eternidad ni hay soluciones únicas y definitivas. El siglo XX nos enseñó los peligros de la guerra, con un dramatismo nunca antes conocido, pero igualmente, la esperanza de una paz posible y un desarrollo adecuado para toda la humanidad.

Cuando con el paso del tiempo, se diluyan y diferencien hechos y personajes del siglo, especialmente los actores políticos y bélicos, el siglo XX será recordado como un gran siglo, en términos de ciencia y cultura. Las crisis parecieran ser tierra propicia para la creación y la innovación tal como ha ocurrido de manera abundante en el siglo XX.

La creación necesita de la libertad como elemento fundamental, así quedó demostrado a comienzos del siglo con las vanguardias culturales alemanas y rusas, agotadas y exiliadas apenas llegaron Hitler y Stalin al poder. París, ciudad emblemática de la

cultura en el siglo XX, demuestra lo afirmado; su principal mérito es la libertad y tolerancia que allí se impuso.

La cultura del siglo XX es fundamentalmente visual, la fotografía y el cine pasan a dominar de manera absoluta. Las vanguardias y los muchos “ismos” comienzan siendo provocadores y subversivos. La idea era experimentar y escandalizar a la pacatería y al conformismo burgués dominantes. Después vino el compromiso político y de manera más profunda e inconsciente, la intuición de un mundo que se desmoronaba.

El artista y el literato anticiparon el desastre desde una literatura del absurdo y desde un arte que propugnaba el caos en la forma y el color, deformando y mezclando, confundiendo y exacerbando lo empírico y lo inconsciente: “en los días en que el mundo se desplomaba en la hora en que cedieron los cimientos de la Tierra”, escribe Hobsbawm, y Walter Benjamín al observar el cuadro de Paul Klee “Angelus Novus”: “Ha vuelto el rostro hacia el pasado; donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer a los despedazados. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja indeteniblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.

El escritor español Ortega y Gasset acierta al titular su libro *La rebelión de las masas*; realmente el siglo XX es el siglo en el cual las grandes mayorías populares adquieren verdadera presencia histórica y carácter protagónico y por ello y para ello la cultura se transformó de manera radical y profunda.

La expresión de esta nueva realidad se fue concretando de manea efectiva en la aparición y desarrollo de nuevas tecnologías comunicacionales: prensa, cine, radio, discos, C.D. televisión, que terminarán configurando la nueva cultura de masas que abandona parcialmente la tradición y se asume en una vanguardia permanen-

te, producto de la moda, la propaganda y la publicidad y al final del siglo, termina arrojándolo prácticamente todo, desde el trabajo al ocio, desde la educación al entretenimiento.

Hoy las grandes mayorías del mundo comparten básicamente las experiencias fundamentales de la vida, en un mundo cada vez más global y unidimensional. Esta es una verdadera revolución cultural, que apenas comienza. El proceso ha sido tan acelerado y cambiante que todavía no se ha reflexionado suficientemente sobre el mismo, aunque existe abundante bibliografía sobre cada una de las manifestaciones culturales citada.

La hegemonía indiscutible la ha tenido Estados Unidos que industrializó las tecnologías respectivas y las convirtió en un negocio global; todo ello ha facilitado o reforzado su predominio económico, militar y político, lo que ha llevado a algunos autores exageradamente, a calificar al siglo XX como el siglo norteamericano. Se comparta o no esta tesis, para un joven venezolano de los años 60 la presencia e influencia norteamericana era avasallante, inclusive si se la pretendía rechazar.

La música, el cine, el béisbol, venían del norte, las modas juveniles, inclusive la protesta con la identificación con el movimiento *hippie*, el *black power* y el rechazo a la guerra del Vietnam. Solo más adelante se valoriza a Europa y particularmente París, como ícono bohemio y artístico de las vanguardias y las modas filosóficas y literarias.

Nuestra identificación era absoluta con el proyecto democrático aunque muy tempranamente nos diéramos cuenta de sus limitaciones y desviaciones. El mundo de los 60 y 70 (al menos para los jóvenes) era luminoso y esperanzador; se militaba en las mejores causas y de verdad se pensaba en una época de utopías posibles y futuros confiables.

En la relatividad del tiempo y la memoria, que lejos lucen 1945 y 1989, fin de la Segunda Guerra Mundial y fin de la Guerra Fría, con el derrumbamiento de la Unión Soviética. La Guerra Fría marcó profundamente, por lo menos a dos generaciones y fue la amenaza mutua por el dominio mundial entre los Estados Unidos y

la Unión Soviética que involucró de una u otra manera todos los países del mundo.

De la “detente” de los años 50 y 60, con sus crisis de Corea, Vietnam, Berlín y Cuba; se pasó a la “distensión”, coexistencia pacífica de dos potencias, cuyos dirigentes entendieron el riesgo y el verdadero significado de una guerra atómica. Equilibrio del terror, se le llamó, pero que permitió una paz mundial de más de 50 años, a pesar de que el mundo no dejó de vivir conflictos diversos y guerras locales, especialmente en el explosivo y siempre peligroso Medio Oriente.

El Mundo puso fin al llamado período imperialista (en sentido decimonónico) y decretó un masivo proceso descolonizador, cuyos antecedentes más lejanos fueron la independencia norteamericana y los procesos emancipadores de América Latina, que abarcaron todo el siglo XIX.

Siria y el Líbano se hicieron independientes en 1945; la India y Pakistán en 1947; Birmania, Ceilán (Sri Lanka); Israel e Indonesia se crean en 1948. Mao y el Partido Comunista asumen el poder en China, en 1948. El sudeste asiático (Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia) se independizaron de los franceses; una década después, toda África se descoloniza y a finales del siglo, es derrotado el *apartheid* racista en Sudáfrica y la mayoría negra de ese país se hace con el poder, encabezado por ese líder emblemático Nelson Mandela como unos años antes lo había sido Gandhi.

La historia del Mundo deja de ser, en términos geopolíticos, europea, aunque Europa se niega a renunciar a su cuota de futuro y se reconstituye sobre otras bases de integración y unidad, primero como Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951); después como Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo (1957) y a partir de 1993 en Unión Europea, proceso que continúa con los mejores auspicios en términos económicos y que ya agrupa a una veintena de países y representa unos 400 millones de habitantes en un territorio aproximado de 4.000.000 de Km², con una influencia y un potencial creciente, a pesar de las dificulta-

des políticas y constitucionales todavía por vencer, antes de llegar, a la no fácil construcción de un Estado Federal único.

Después de 1.000 años de confrontaciones y todo tipo de diferencias y desconfianzas, los europeos entendieron que la historia es una trituradora implacable de pueblos y naciones que no saben adaptarse y cambiar. Para ello se necesitó mucho sufrimiento y voluntad política adecuada, como la expresada por De Gaulle y Adenauer, que el 8 de junio de 1962, en la emblemática catedral de Reims, sellaron la reconciliación formal y oficial entre Francia y Alemania.

La guerra fría oficialmente terminó en las cumbres de Reykiavik (Islandia) en 1986 y Washington (1987) protagonizadas por Reagan y Gorbachov.

La Unión Soviética vivía su agonía como Estado Comunista; no logró sobrevivir al proceso de reformas iniciado por Gorbachov, conocido como la *perestroika* y el *glasnost*, reforma y apertura, que culmina en 1989 con el colapso o implosión del imperio soviético y la reaparición en la historia de la vieja Rusia (1989-91) debilitada y en crisis, pero a la cual no hay que subestimar en los futuros escenarios geopolíticos mundiales y que sigue siendo una potencia nuclear y militar con un potencial nada despreciable.

En los años 50, 60 y 70, el fenómeno histórico por excelencia fue el crecimiento económico impresionante en casi todas las regiones del mundo. Fue la época de los llamados “milagros económicos” que llevó prosperidad y expectativas de desarrollo a casi todos los países.

El “boom” tecnológico y consumista se hizo presente; las expectativas de vida aumentaron y en general, los niveles de consumo y confort. La civilización moderna unidimensional se hizo general y la sociedad urbana prevaleció en todos los órdenes.

En los 80 y 90 el proceso sufre un estancamiento y a nivel de las Naciones Unidas, se habla de la década perdida. El mundo de finales de siglo ha cambiado profundamente pero una nueva contradicción se hace visible, la lucha creciente entre pobres y ricos en el interior de cada sociedad y entre los diversos países, tanto es

así que la confrontación Este-Oeste, usando el lenguaje de los medios de comunicación, le da paso a la nueva división del mundo Norte-Sur.

Paradojas e ironías de la historia, la tarea nunca termina, de allí que resulta falso el superficial e interesado planteamiento de Fukuyama sobre el fin de la historia; ésta avanza, pero engendra permanentemente nuevos retos y nuevas contradicciones como si Vico y Hegel tuvieran razón con su visión pendular y dialéctica del devenir.

Los años dorados solamente existieron en los libros y en las teorías de los autores con una visión optimista y racional de la historia; mientras que otros muchos autores, pesimistas, milenaristas o apocalípticos, asumieron el fin de la centuria y el milenio con preocupaciones y predicciones verdaderamente catastróficas. Como siempre, la sabiduría griega, nos ayuda a asumir un prudente, y no desesperanzado punto medio, en donde, sin ignorar las dificultades y los riesgos la humanidad, no renuncia al futuro.

El camino no va a ser fácil; el armamentismo generalizado y el terrorismo, así nos lo advierten, además de los otros muchos problemas, viejos y nuevos, presentes en cada sociedad y en el mundo que pueden resumirse en la falta de igualdad y justicia y las amenazas permanentes a la libertad, para no enumerar la larga lista de agravios que acosan a la humanidad contemporánea, lo que nos obliga todo el tiempo a cultivar nuestra conciencia y compromiso histórico y a militar activamente en las causas del ser humano, que no es otro que el humanismo entendido o traducido como “morar cerca de Dios”. Si el siglo XX, en algún sentido, fue identificado como el siglo sin Dios, el XXI tiene que ser todo lo contrario, lo que en términos operativos hemos identificado como la subordinación de la política, la economía y la ciencia a la ética. Reivindicar de manera plena y absoluta la condición ética del ser humano.

Los historiadores siempre han discutido sobre los aspectos o factores dominantes en la historia. Hicimos referencia al papel de los individuos, los llamados grandes hombres, sin duda importantes, pero que sin las condiciones y circunstancias adecuadas, no

habrían pasado de ser personajes secundarios o comunes; Bolívar lo supo muy bien cuando observó que sin las circunstancias de la Independencia no hubiera pasado de ser alcalde de San Mateo.

Todas las tesis deterministas y unilaterales son insuficientes, así pasó con el determinismo geográfico, económico o cultural, reduccionismo simplista, que en último caso puede conducir a peligrosos planteamientos de corte racista, fundamentalistas y excluyentes, como es el caso de la ideología nacionalista, llevada al extremo o como fue el racismo nazi, de una pretendida raza superior y como peligrosamente siguen creyendo los gobiernos de Estados Unidos y muchos norteamericanos, de que este es un país bendecido particularmente por Dios y llamado a un destino manifiesto de supremacía y dominio del mundo.

El análisis empírico de la historia ha demostrado que esto no es así, todo es importante en un momento determinado y la causalidad y el azar también tienen su papel.

Lo que resulta evidente es que en los procesos históricos, si bien la política ocupa la primera fila del escenario, con sus personajes, intrigas y acciones, es la cultura, la economía y la sociedad quienes definen a la larga los acontecimientos en función de múltiples aspectos y elementos; la búsqueda del poder y la supremacía es uno de ellos y desde el punto de vista psico-social-cultural, las sociedades terminan viviendo y actuando de acuerdo a sus mentalidades, creencias y cultura. Lo que también resulta evidente es que en la historia humana hay ciclos y tiempos; hay unas inercias y unas dinámicas, unos ponderables y unos imponderables, de allí que la historia sea impronosticable por definición y que la sabiduría del historiador, siempre será retrospectiva.

Con respecto al siglo XX y en general en la historia de la modernidad, la economía se hizo visible como en ninguna época anterior, o por lo menos, el pensamiento y la teoría económica hicieron posible y analizable lo que siempre estuvo presente en la historia humana, pero no era percibido por la mayoría de las personas.

La economía política es una elaboración teórica de los últimos 300 años, así como el desarrollo de las ciencias sociales, que

tantos instrumentos de análisis y comprensión le ha proporcionado al historiador del siglo XX.

La economía del mundo, a partir de 1945 y por casi 30 años, hasta la década de los 70, dio un salto espectacular, en términos cuantitativos y cualitativos, provocando cambios en los individuos y en las sociedades como nunca antes habían ocurrido.

A partir del acuerdo de Bretton Woods, en 1944, la economía norteamericana y el dólar se convierten en el referente principal y la principal influencia en el proceso económico mundial y así se evidenció y evidencia en la influencia determinante de Estados Unidos en el Fondo Monetario Internacional (FMI), en el Banco Mundial (BM) y el Banco para la Reconstrucción y el Desarrollo. Igualmente fue evidente la influencia en el GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio). 50 años después, estos mecanismos todavía subsisten y siguen ejerciendo su influencia a pesar del tiempo transcurrido, complementados en los últimos años, con el encuentro anual de Davos, en Suiza y el grupo operativo de jefes de estado, denominado el G-6 (Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Alemania e Italia) y posteriormente ampliado con Japón, Rusia y la eventual inclusión de Brasil.

La lección de la primera mitad del siglo aparentemente había sido aprendida, la de estructurar economías mixtas en un punto de equilibrio entre la teoría liberal y la experiencia capitalista y la teoría marxista y la experiencia soviética, especialmente en lo que a la planificación se refiere. El nombre dominante es el de Keynes y la experiencia más demostrativa, el New Deal Rooseveltiano.

No ha sido fácil llegar a ese punto, pero las circunstancias y las experiencias que se derivaron de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial lo facilitaron. De hecho, en las economías capitalistas, obligadas a una economía de guerra, hubo que planificar e intervenir precios, costos y mercados. Por el lado de la izquierda reformista y democrática, también se aprendió la lección, laboristas y socialdemócratas, paulatinamente fueron abandonando los dogmas del marxismo más ortodoxo y se fueron plegando a las reformas y exigencias de una economía mixta. La lucha de cla-

ses fue sustituida en la práctica por la colaboración y el esfuerzo compartido. Capital y trabajo tuvieron que acercarse y negociar en beneficio del interés mutuo; así lo entendieron los comunistas y socialistas italianos cuando tuvieron que bajar la guardia con respecto a paros y huelgas crónicas que amenazaban con arruinar toda la economía italiana, con evidente perjuicio para todos y especialmente para la clase trabajadora, situación que recogió y expresó muy bien una canción de moda en la época que dice con toda la picardía del caso: *chi no lavora non fa l'amore*. Marx y Adán Smith se encontraron a mitad de camino, lección que hoy asume a plenitud China, con extraordinarios resultados y que resumió muy bien, algunos años atrás, el líder político laborista israelí Simón Peres, cuando dijo que las economías modernas y los gobiernos y países de hoy tenían que aprender a producir como capitalistas y distribuir como socialistas.

Libros emblemáticos en esta dirección fueron: *El futuro del socialismo* de Crosland, *La sociedad opulenta* de Galbraith, *Más allá del estado del bienestar* de Myrdal y *El fin de las ideologías* de Bell, todos escritos entre 1956 y 1960. El capitalismo en los últimos 200 años ha experimentado de manera cíclica crecimiento y estancamiento cada 50 años (ciclo Kondratiev), lo que ha cambiado es la intensidad y profundidad de los cambios producidos; la gran pregunta es sobre si hemos aprendido a sortear las crisis de manera definitiva sin caer en guerras y depresiones apocalípticas. Este es el gran interrogante hoy, en este comienzo de siglo, con una economía mundial, con oscilaciones periódicas peligrosas y desequilibrios crecientes.

La humanidad ha aprendido a crecer económicamente, ¿para siempre? La experiencia nos hace ser cautos con la respuesta; ¿cómo garantizar empleo y seguridad social, permanentemente y para todos? ¿Cómo lograr y satisfacer para todo el mundo las expectativas crecientes que se han creado de calidad y bienestar, servicios, recreación, etc...?

Las respuestas no son fáciles pero hay que encontrarlas y a tiempo, para evitar, una vez más las secuelas apocalípticas de las crisis económicas: hambre, guerra, enfermedades.

¿Un salto hacia delante o mirar hacia atrás?

Comenzando el 2004 las amenazas se siguen acumulando. En el 2003 el crecimiento económico (PIB) fue bastante mediocre: Estados Unidos: 3.9, América del Sur: 3.6; Europa: 2.0 y la zona del euro: 1.9; Japón: 1.4; China: 7.5; India 5.9; Medio Oriente: 4.6 y África: 4.8 para un promedio mundial de: 3.2 en el 2003. Para el 2004 se proyecta un 4.1 y en el 2002 fue de 3.0. Estas son cifras que dejan mucho que desear y constituyen no solamente una amenaza sino un reto. Lo cierto es que la humanidad en su conjunto vuelve a estar amenazada y una vez más, el primer campo de batalla va a ser la economía. De hecho, en los últimos años, se ha llegado casi a reducir la acción de los gobiernos nacionales en la economía y ésta, no solamente es un problema de producción y distribución, sino también de gerencia y administración.

El reto tecnológico puede ayudarnos a salir airosos de la prueba, pero no es suficiente porque el problema de fondo sigue siendo básicamente el mismo, una economía para la acumulación egoísta de unos pocos o una economía para la igualdad, la fraternidad y la libertad y de paso, que permita preservar al planeta y seguir creciendo.

En América Latina y en Venezuela, el siglo XX fue intenso y complejo y en la segunda mitad del siglo con complicaciones crecientes. Nuestro país es un buen ejemplo; el siglo XX ha sido nuestro mejor siglo en términos de crecimiento económico y en cuanto a la consolidación de una sociedad moderna, democrática y pacífica. Pero el agotamiento del modelo modernizador en la década de los 80, por falta de reformas oportunas, un liderazgo desgastado y una sociedad bastante cómplice, hace que el país entre en una crisis que lleva más de 20 años de desarrollo, con posibles desenlaces preocupantes, por lo menos en el corto plazo. El modelo rentista ha muerto desde por lo menos a finales de la década de los 70 y no hemos logrado reemplazarlo con una economía moderna y diversificada.

Para el escritor Picón Salas, Venezuela entra al siglo XX en 1936, con la muerte del autócrata Juan Vicente Gómez; nuestra economía y sociedad venían sufriendo importantes y acelerados cambios, debido a la aparición y explotación en gran escala del petróleo, desde 1914. Y en 1922, éste desplaza al café y a los otros productos agrícolas y se convierte en nuestro principal producto de exportación, posición que mantiene.

Con el petróleo, fraguó el proyecto modernizador y democrático que se fue desarrollando en fechas y jornadas emblemáticas, aunque todavía en discusión: 1936, 1945, 1958, 1983. La sociedad venezolana ha cambiado profundamente, aunque la economía sigue siendo básicamente la misma y sigue girando en torno al petróleo. Creo que éste es el fracaso más importante de nuestro sistema político y de sus dirigentes, dictadores o demócratas, incluido el actual gobierno. En Venezuela ser gobierno es fácil, para mal administrar la renta petrolera y dilapidarla en la corrupción y el populismo. La economía venezolana es simple, todo gira en torno a los precios del petróleo, si están altos, creemos que las cosas van bien; si caen, no asumimos la responsabilidad de nuestros problemas y dificultades.

El país, a pesar de todo, ha avanzado socialmente de manera impresionante, con una clase media y una elite, típica de las sociedades modernas urbanizadas, una cultura democrática y estructuras e instituciones, con muchas limitaciones, pero potencialmente rescatables para un nuevo proyecto modernizador y democrático.

Nuestro principal problema, es que en el camino, fuimos abandonando aproximadamente, a la mitad de los venezolanos, en el atraso y la pobreza. Somos como dos países y dos sociedades en pugna. Sufrimos de tiempo, un tiempo viejo que no termina de irse y un tiempo nuevo que no termina de nacer.